CAPITULO V.

GABRIEL.

A excepcion de algunas lágrimas, Gabriel no fué muy sensible á su cambio de vida.

Pertenecer al circo era para Gabriel una dulce compensacion, y caminar á caballo ó en la carreta de los equipajes, tenia para él un atractivo poderoso.

Una vez calmadas sus primeras inquietudes, empezó su aprendizaje de acróbata.

El payaso ensayaba desarticular á Gabriel y el director á hacerlo fuerte.

El capital inmueble de las fuerzas ó de la elasticidad,

se conquista á fuerza de dolores y por medio del tratamiento menos comedido que se conoce.

El hombre al encontrarse frente á frente de su propio organismo y al contemplar la admirable precision con que todas las partes del cuerpo humano concurren al desempeño de su sabio objeto, ha discurrido que un *fémur*, saliéndose de su encaje y volviéndose á encajar como si tal cosa, vale la pena de pagar por verlo, y para llegar á este resultado medio mata al propietario de dos *fémures* comunes y corrientes, hasta lograr que se abran como las piernas de un compas.

Gabriel puso por capital en la compañía ecuestre, sus piernas y su miedo, sus dolores y sus descoyuntamientos, hasta que llegó á abrir las piernas como un muñeco de alambre; y desde ese momento Gabriel tenia un capital en las coyunturas, aunque ninguno en la cabeza ni en el corazon.

Consolábase, no obstante, de tener una compañerita, á la que tambien se obligaba á hacer barbaridades aunque de distinto género.

Dos años estuvo Gabriel flexibilizándose, y mas de una vez habia sido exhibido por el director y sus dos hermanos, que hacian grupos y encaramaban á Gabriel, y hacian de su pobre humanidad cera y pabilo.

Gabriel, como por lo general los niños que no han probado los mimos maternales, era impetuoso y duro; y habia en su interior no sabemos que repulsion instintiva á sus semejantes, como si estuviera guardando un secreto reproche contra todos, por no saber á quien le deberia la desgracia de no haber tenido padres.

Un dia los miembros de Gabriel estuvieron mas rígidos, y estuvo menos dispuesto que otras veces á dejarse descoyuntar, y recibió en pago de esta rebeldía una azotaina de manos del payaso.

A excepcion de los primeros gritos, Gabriel sufrió los azotes, haciéndolo su ira superior al dolor.

Cuando todos se recogieron, Gabriel se sentó en su cama sin poder conciliar el sueño: á su pesar sollozaba de cuando en cuando, y cada uno de sus movimientos le causaba un nuevo dolor en sus recientes cardenales.

—¿Por qué he de ser acróbata? decia; estos hombres son unos brutos, que me embrutecen y me tratan como á un caballo, y todo para hacerse ricos con mis verdugones y mis golpes. No quiero ser del circo!

Y sin meditar esta resolucion, se dirigió á la ventana que daba al campo y saltó á tierra.

La noche estaba oscura y reinaba en el pueblo un silencio solemne; pero Gabriel no se acobardó, sino que envolviéndose en el cobertor que aun pendia de sus hombros, echó á andar en direccion de un cerro inmediato á la poblacion.

—La compañía debe ponerse en marcha en la madrugada, y tal vez, pensaba Gabriel, no se detengan solo por buscarme: me encaramo al cerro y desde allí los veo ir; y cuando estén lejos me vuelvo al pueblo.

Serian apenas las once cuando Gabriel se encontraba

enteramente fuera de la poblacion y á la orilla de unos sembrados.

Vagaba al traves de campos de un negror tristísimo aquel pequeño bulto blanco tiritando de frio, y volviendo la cara á todas partes como esperando un peligro á cada paso.

Al fin la fatiga lo obligó á moderar el paso y se detuvo junto á un árbol, antes de encumbrar la loma que habia elegido como refugio.

No bien se hubo parado, le pareció ver brillar entre las malezas dos puntos luminosos; fijose en ellos, y notó bien pronto que una forma negra se movia frente á él; se volvió bruscamente y percibió hácia el lado menos sombrío otra masa negra que se le acercaba, y despues una tercera; y no sabiendo que partido tomar hizo un movimiento abriendo los brazos como para ahuyentar aquellas visiones.

Los animales monteses huyeron en opuestas direcciones, y Gabriel triunfó del primer peligro.

—Son coyotes, pensó tranquilizándose.

Calculó en seguida que tendria que estar alerta toda la noche para no permitir que se le acercasen.

A este efecto comenzó á proveerse de piedras, con las cuales hizo un lio en su corbertor, y eligió un lugar escampado y una altura desde donde pudiera dominar el terreno.

Varias veces intentaron los coyotes rodearlo, pero Ga-

LAS GENTES QUE SON ASI.

Gabriel.

Lil Bohemia Literaria

1020006093

briel, vigilante y audaz, les arrojaba piedras y ajitaba su cobertor y lograba ahuyentarlos.

Luchando con el sueño consiguió con grande esfuerzo no descuidarse hasta el momento de anunciarse el dia.

Cierta claridad blanquecina en el Oriente volvió á Gabriel toda su tranquilidad, como si un padre cariñoso se anunciara lleno de poder y de fuerza para defender al pobre niño de todos sus enemigos.

Gabriel dejó exhalar de su alma la primera oracion inarticulada, en la forma de una mirada y una sonrisa á la luz del dia. ¡Cuanta pureza habia en aquella accion de gracias! ¡Cuanta inefable gratitud al Autor de la luz en la sonrisa de aquel niño que iba dejando caer las piedras de sus manos, moradas de frio, para fijarse absorto en el crepúsculo!

A medida que crecia en el horizonte la zona de la luz, Gabriel volvia hácia Occidente el rostro, como para gozarse en contemplar la huida de las sombras.

—¡La luz! exclamó el niño, se abrió el cielo y de allí vino la luz y luego viene el sol.....

Gabriel experimentó un enternecimiento profundo; se sentia agradecido y hubiera querido acariciar la luz.

—¡Que larga es la noche y que horrible en el campo! todo está negro y triste: ¿esta noche qué haré?... Cuando se haya ido la compañía me volveré al pueblo y allí veré qué hago.

Entretanto Gabriel se dirijió á la montaña sin perder de vista el pueblo.

Cuando estuvo á cierta altura, reconoció la calle por donde deberia ver pasar á la compañía.

El sol doraba con vivos reflejos todo un panorama de esmaltadas nubes, que semejaban suntuosas arquerías y pabellones de filigrana, como para formar un templo al astro del dia.

Gabriel no cesaba de contemplar aquel espectáculo, que por la primera vez le hacia experimentar emociones de un género tan grato: era la primera vez que Gabriel se ponia en expontánea comunicacion con algo superior á los hombres y á todas las miserias que rodeaban su vida, y se levantaba del fondo de su alma el consuelo, la paz y la esperanza.

Una vez exaltada la imaginacion del niño, se fijaba con placer en cuantos objetos le rodeaban, y todos sus temores y sus ánsias de la noche, se habian convertido en confianza y bienestar.

Con deleite escuchaba el canto de las aves, y las buscaba con la vista entre las ramas para espiar sus aleteos y sus caricias, y hasta las florecillas que se abrian á sus piés le invitaban á la contemplacion.

Esta série de impresiones debian influir poderosamente en la vida de Gabriel; acaso este destello de espiritualidad lo induciria á una nueva série de contemplaciones y á la perfeccion moral.

Ya lo sabrémos mas adelante.

El polvo que se levantaba en la calle del pueblo á eso

de las ocho de la mañana, anunció á Gabriel que la compañía emprendia la marcha.

Distintamente llegaba á su oido el silbido particular con que el payaso acostumbraba llamar á sus camaradas y aún al mismo Gabriel.

Conoció que en aquellos momentos lo buscaban, y ocultándose tras de unos gruesos troncos, observaba los movimientos de sus verdugos.

Al cabo de algun tiempo percibió que la cabalgata desfilaba por un camino y salia del pueblo seguida por la carreta de los equipajes.

Con esta confianza, y habiendo podido contar los bultos, y cerciorarse de que todos los hombres de la compañía caminaban, sin que ninguno se hubiera quedado para buscarlo, se dirigió al pueblo; y como si el cielo hubiera recogido en su forma inarticulada la oracion del niño en la mañana, en el pueblo le esperaba ya á Gabriel el alma compañera que necesitaba en su aislamiento, la compensacion de su desgracia.

Vagaba Gabriel al acaso, sin saber que partido tomar y buscando en el semblante de cada uno de los transeuntes alguno en que pudiera notar una señal de benevolencia.

Al fin cansado se sentó sobre una piedra: comenzaba á sentir la necesidad de comer, y pensó por la primera vez en lo terrible de este aguijon de la humanidad, que ha sugerido á los hombres tan extraños y variados procedimientos para alimentarse.

Gabriel habia ocultado la cabeza entre sus dos manos, y hacia tiempo que permanecia en esta postura cuando acertó á pasar por allí una persona.

Era un viejo envuelto en una capa española color de aceituna, y llevaba puesto un sombrero fieltro de anchas y flexibles alas.

Se paró frente al muchacho, y despues de contemplarlo inmóbil por largo tiempo, le preguntó:

—¿Estás malo?

Gabriel levantó la cabeza, se restregó los ojos y se puso en pié.

—¿Qué tienes? volvió á preguntar el viejo.

—Nada, contestó Gabriel con un acento que revelaba que en efecto no tenia nada.

Aquella manera particular de contestar, llamó la atencion del viejo, quien fijándose en la fisonomía de Gabriel, empezó á comprender que este sufria y disimulaba.

—¿Que estabas haciendo aquí?

—Nada, volvió á decir Gabriel.

—¿Quién es tu padre?

—Nadie.

—¡Nadie! repitió el viejo con cierta emocion, ¿no tienes padres?

—No, señor.

—¿De qué vives?

—Vivia de hacer suertes; pero me dolia mucho el cuerpo, y como el payaso es muy bruto, me pegaba.

—¿Eras de los del circo?

LAS GENTES QUE SON ASI.

Lit de la Bohemia Liter.ª

D. Santiago y Gabriel.

—Sí, señor; pero no quise seguir, y me fuí al cerro mientras se iban.

—¿Y ahora?

—Ahora, aquí estoy.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí, señor; si usted me enseña á leer, iré.

Al viejo le llamó la atencion que aquel muchacho, hambriento probablemente, pensara primero en aprender á leer.

El viejo echó á andar seguido por Gabriel; lo llevó á su casa, y desde aquel dia nada faltó á Gabriel de cuanto pudiera apetecer.

Aquel señor era un viejo viudo y rico que vivia hacia algunos años en el pueblo; vivia solo y era de un carácter reservado y taciturno.

Era servido por una ama de gobierno y por un criado.

Cuando llegó á su casa acompañado de Gabriel, llamó á la ama de gobierno y le dijo:

—Vea usted, Mariana, aquí le traigo á usted este jovencito, acabo de adoptarlo, y me propongo hacer de él un hombre de provecho.

Mariana torció el gesto, y revisó de arriba abajo á Gabriel.

—¿Conque lo ha adoptado usted, señor D. Santiago? Dios se lo tomará á usted en cuenta ¡como al fin se logre!

—Se logrará, yo se lo aseguro á usted, Mariana; por ahora dele usted de comer, y disponga usted el cuarto chico para que sea su dormitorio. Ve, hijo, ve con Ma-

riana y respétala: ella te va á querer mucho si te portas bien.

Mariana cumplió fielmente las órdenes de D. Santiago, pero á poco rato se apareció de nuevo.

—¿Qué se ofrece? preguntó D. Santiago.

—Nada, señor amo, sino que como hay gentes tan ingratas, yo queria decir á usted que si ya pensó bien lo de adoptar al muchacho, porque..... en fin, usted está grande, y no sea que el chico sea un pillastre y no hayamos buscado mas que quebraderos de cabeza.

—No tenga usted cuidado, Mariana; el muchacho tiene muy buena frente, y me prometo hacer de él un hombre de provecho.

—¡Eso es tan difícil en el dia!.....

—No lo crea usted, Mariana; hoy disfrutamos en el país las ventajas de la educacion pública en una escala que me hace concebir muy lisonjeras esperanzas para el porvenir.

—¿La educacion? ¿Y en el dia, señor D. Santiago? será lo peor que pueda V. hacer; hoy se enseña á todos los muchachos á herejes y á liberales; da horror ver como está la juventud, señor D. Santiago: la prueba es que este muchacho no sabe el Catecismo; va á cumplir siete años, segun entiendo, y no sabe los misterios de nuestra santa religion, y por este ejemplar se conocen todos; hoy los niños no se ocupan del Catecismo; lo cual es cosa que me tiene verdaderamente escandalizada.

¡Cuando en mis tiempos, señor D. Santiago, habia de

suceder esto! ya se vé, entonces se creia que para ser feliz un hombre, era indispensable que supiera nada mas que sus deberes como cristiano; pero hoy, primero son las matemáticas y las..... que sé yó que gerigonza de librajos traen entre manos, porque yo cada dia oigo mentar libros nuevos; es cosa que el hijo de la cocinera de acá dice que está aprendiendo no sé que cosa de *ografía*.

—Será geografía.

—Eso, señor, la geografía, y el muchacho no sabe todavia como ha de confesarse; ¿lo pasará V. á creer, señor D. Santiago?

—Es muy fácil.

—Quiere decir que V. le va á enseñar á este niño todas esas cosas de la geografía, y á hablar como los extrangeros, y á todo.

—Sí señora, voy á ver si mi hijo adoptivo llega á presidente de la república.

—¡Dios nos ampare y nos defienda de semejante cosa! pero ya se vé, eso sí no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser?

—Un huérfano, un pobre como este!

—Pero si este pobre llega por la instruccion á ser un hombre de provecho, puede aspirar como todos los buenos ciudadanos que saben distinguirse por sus virtudes cívicas, á la primera magistratura.

—¡Ay! señor don Santiago, con razon estamos como estamos; si nos vemos expuestos á ser mandados el dia me-

nos pensado por gente así, como este muchacho, salida de la nada.

D. Santiago estaba acostumbrado á tolerar las confianzas y las impertinencias de Mariana, y se divertia con sus apreciaciones; ya se vé, Mariana era tal vez una de las muy pocas personas que hablaban con D. Santiago, quien como hemos dicho, tenia una manera particular de vivir, y pasaba en el pueblo por un misántropo, de quien circulaban extraños y fantásticos cuentos.

CAPITULO VI.

EL VIENTO DE FEBRERO.

DON Santiago encontró muy de su gusto á Gabriel, y bien pronto tuvo ocasion de conocer que no se habia equivocado en creer que aquel muchacho era susceptible de un perfeccionamiento moral rápido y notable.

En efecto; Gabriel tenia un bello corazon y una organizacion admirable para el estudio; D. Santiago, por su parte, era un hombre ilustrado y progresista, aunque las decepciones de su vida le hubiesen obligado á vivir aisla-